

el ejercicio de la fenomenología histórica, y la estrecha relación de su filosofía con la fenomenología de Husserl. En este apartado aparecen los grandes temas blumenberghianos de la relación entre mito e historia, y la cuestión del origen del mito; el debate sobre la secularización.

«Antropología e antropogenesi (Antropología y antropogénesis)» cierra el volumen, con las intervenciones de Bruno Accarino y de Andrea Borsari. En el primero se advierte la conexión de Blumenberg con la antropología contemporánea de Plessner o Alsberg, mientras que se hace hincapié al mismo tiempo en que no es el interés de Blumenberg llevar a cabo una reflexión propiamente antropogenética, sino poner sus datos y conclusiones al servicio de un pensamiento antropológico sobre el sentido y sobre el hombre como ser de posibilidades. El segundo es un extenso artículo en el que se analizan ampliamente un número elevado de obras de Blumenberg —algunas muy tempranas—, para proporcionar un cuadro general de su filosofía; Borsari termina por mostrar la tensión constitutiva y nunca resuelta de la vida humana, que es el punto central del pensamiento de Blumenberg, entre la infinitud de su «ser de posibilidades», y la finitud de las condiciones fácticas de su existencia.

El presente volumen, que reúne a algunos autores ya conocidos como Remo Bodei, Andrea Borsari o Gianni Carchia entre otros, constituye una referencia importante en el horizonte de la investigación sobre Hans Blumenberg. Los temas han sido elegidos con la intención de cubrir las áreas temáticas claves de su pensamiento, intentando hacer justicia a una obra con tal variedad de registros e intereses como es la del filósofo alemán. Una de las principales dificultades con las que se encuentra el estudioso de Blumenberg es la cantidad ingente de referencias, no ya explícitas —que son numerosísimas— sino ocultas, a otros autores; este trabajo facilita, con rigor y amplitud, la tarea de rastrear influencias y filiaciones en la obra de Blumenberg, como son las de Heidegger, Cassirer, Gehlen, Plessner, Rothacker, Simmel, Hans Jonas, etc., por citar algunas de las más evidentes.

El libro se cierra con una completísima bibliografía hasta la fecha de su publicación, después de la cual se ha seguido editando la

obra póstuma de Blumenberg. Está dividida en dos partes: obras de Hans Blumenberg divididas en libros y en artículos y colaboraciones, ordenadas según un criterio cronológico; y estudios sobre Blumenberg, menos exhaustiva; faltan un par de reportajes para la televisión alemana sobre la figura de Blumenberg. Junto a la bibliografía se encuentra una breve nota bio-bibliográfica de cada colaborador en el volumen.

César González Cantón

Juan Manuel Burgos, *El personalismo. Autores y temas de una filosofía nueva*. Ediciones Palabra. Madrid, 2000. 200 pp. 21 x 13. Rústica.

Juan Manuel Burgos es doctor en ciencias físicas y en filosofía y profesor de Antropología en el Centro Universitario Villanueva de Madrid. En este libro presenta al público culto en general una panorámica sobre una de las más esperanzadoras, al mismo tiempo que poco profundamente conocidas, líneas de investigación filosóficas que se han desarrollado en el siglo XX. Esta obra, conscientemente y sin tapujos, «pretende ser una contribución a la vuelta del personalismo» (p. 9). Teniendo en cuenta que el personalismo es todo menos éticamente neutro puede echarse en cara ese propósito «político» y ético. Ahora bien, si consideramos lo combativas que son en la práctica otras posturas teóricas como el nihilismo y la postmodernidad, que se ejercitan en la nada y en la crisis de la razón no ofreciendo al hombre más que angustia concentrada y la desesperación del solipsismo al que conduce la inmanencia, parece justificado que otras posiciones tomen también las armas de la razón y del compromiso ético para la construcción de un mundo asentado —como el personalismo sostiene— sobre un sentido trascendente de la existencia y del conocimiento.

Esa «vuelta al personalismo» que preconiza el autor pretende realizarla en cinco capítulos. El primero, de introducción (pp. 7-10), nos presenta los objetivos que se pretenden alcanzar con el libro así como su estructura y una «opción de fondo» por la síntesis y la accesibilidad frente a la erudición y al excesivo

uso de aparato crítico. Eso último, que es virtud cuando uno se pretende dirigir a público no especializado en filosofía, se convierte en tanto en defecto cuando el libro es leído por un filósofo profesional conocedor ya de las principales teorías filosóficas y ávido de referencias conceptuales e históricas con las que describir, examinar y construir teorías.

En el capítulo segundo (pp. 11-27), titulado «Los orígenes», se analiza el contexto cultural e histórico en el que surge el personalismo: la presencia en Europa del positivismo y del cientifismo, el auge del capitalismo, la crítica del marxismo al sistema económico capitalista y su propuesta social, otros totalitarismos políticos como el nazismo y el fascismo, en general una dialéctica entre individualismo y colectivismo negadora de cualquier otra tercera vía que además coincidió con un retroceso generalizado de la cultura cristiana. Esa alternativa a los dos grandes sistemas económicos, que dió lugar al movimiento filosófico que describe la obra que comentamos, pretendió articularse alrededor del concepto cristiano de «persona».

El capítulo tercero (pp. 29-92) está dedicado al personalismo francés, que ha sido el que históricamente en primer lugar y con más número de autores de renombre ha contribuido a este movimiento filosófico. Se nombran como antecedentes suyos las doctrinas éticas de Kant, Kierkegaard y del espiritualismo francés. En el resto del capítulo se dedican cuatro amplios apartados a Maritain, Mounier, Nedóncelle y Marcel. Llama la atención el hecho de que se incluyan entre los autores personalistas al primero y al último de ellos, pero en este libro se parte de un concepto tan amplio de personalismo que, si bien es cierto que con algunos problemas que se indican explícitamente en el texto, no causa sorpresa que se haga así.

El capítulo cuarto (pp. 93-153), titulado «otras corrientes personalistas», aborda el nacimiento y desarrollo del personalismo europeo, concretamente en Italia, Polonia, Alemania y España. Se plantea cómo en Italia —país en el que el autor tiene raíces culturales y del que demuestra conocer bien su ambiente intelectual— surge el personalismo, como consecuencia de la crisis del neoidealismo de Croce y de Gentile, de la mano de autores poco conocidos en España como Armando

Carlini, Luigi Stefanini y Luigi Pareyson. En Polonia el personalismo surge por influencia de la fenomenología y del pensamiento francés, sobre todo a partir de la que se ha denominado Escuela de Lublín. Pero no cabe duda de que la figura más emblemática y mundialmente más conocida por el cargo que ocupa es Karol Wojtyła: su objetivo como filósofo fué realizar «una nueva fundamentación de la ética que recogiera las instancias modernas del personalismo y de la fenomenología pero que fuera compatible con las tesis de la filosofía clásica» (p. 107). En Alemania, dice al autor (p. 119), no es posible hablar de una corriente personalista, pero sí hay movimientos cercanos como la fenomenología (a cuyo fundador dedica unas páginas y en la que destaca D. von Hildebrand), un conjunto de pensadores con una línea común como los llamados filósofos del diálogo (Ebner, Buber, Rosenzweig y, en el ámbito francés, Levinas) y autores individuales como Romano Guardini al que se destaca dedicándole unas ocho páginas del texto. Por último se trata el caso de España, en la que originariamente por motivos políticos de falta de libertad de pensamiento, el personalismo no ha tenido una fuerte acogida y, aparte de nombrar algunos personalistas destacados, se centra en la ya venerable figura de Julián Marías.

En el capítulo quinto y último (pp. 155-194), titulado «Definiendo el personalismo», se enumeran los elementos definitorios de la filosofía personalista destacándose ante todo su originalidad y su compromiso realista. Leyendo este capítulo, del cual creo que deberían haberse adelantado algunas nociones ya que hubieran hecho suscitar menos dudas durante la lectura, uno se hace una idea bastante aproximada de qué es lo que se entiende por personalismo: una corriente de pensamiento que toma la noción de persona como su centro y raíz y pretende comprenderla no desde categorías obtenidas del análisis del mundo material sino desde categorías elaboradas a partir del análisis de la experiencia humana. Uno de los problemas de los autores personalistas, que habrá surgido a todo el que los haya leído con cierto detenimiento, es su claro carácter de filósofos «etéreos» e imprecisos debido al tipo de categorías que usan. El autor sostiene que eso tiene arreglo si se profundiza más en los principios inspiradores del perso-

nalismo. Pero hay que decir en su contra que después de que tantos y buenos pensadores se hayan esforzado en ofrecer un sistema compacto de pensamiento quizás el problema no esté en los pensadores sino en las categorías mismas con las que piensan.

Para concluir, la obra presenta —y lo hace bien— de manera introductoria una corriente filosófica importante que pretende alzarse como una forma esperanzada de concebir el mundo tanto en la práctica como en la teoría. Quizás por el carácter introductorio y en su mayor parte histórico del libro, no se presenten con detalle —eso es lo que más he echado de menos— argumentaciones que fundamentan el personalismo tales y cómo qué se entiende exactamente por persona, por qué el hecho de ser persona supone una especial dignidad frente a otras realidades con características diferentes a las nuestras y, desde el punto de vista de la religiosidad combativa del personalismo, argumentar si hay algún punto de vista privilegiado desde el que filosofar. Desde el punto de vista del autor no lo hay (*cfr.* p. 191) y por eso se puede hacer una filosofía religiosa en general y cristiana en particular. Creo que ese punto de vista no es el adecuado puesto que más acorde con la tradición parece ser que la filosofía trata de eludir los voluntarismos y los «opcionismos» que algunos (Cardona, Gilson) han preconizado en el siglo XX como única defensa del realismo. Creo que así se le hace un flaco favor al realismo y a la filosofía cristiana en particular puesto que el punto de vista filosófico no comienza por un afeerrarse testarudo a las propias creencias —no es principalmente apología— sino, como Sócrates nos enseñó, comienza con la conciencia de la propia ignorancia y tiene como único juez válido a la propia conciencia —criterio último de racionalidad y de moralidad—. Pero esa es una cuestión polémica que sé que no puedo ventilar con una rápida afirmación dicha al final de una reseña. No obstante, la obra es clara y completa y viene a satisfacer una necesidad de información en el complejo mundo del pensamiento.

Francisco Rodríguez Valls

Luis García Montero, *El sexto día. Historia íntima de la poesía española*, Barcelona, Debate, 2000.

Si nos fijamos sólo en el subtítulo resulta extraña la inclusión de una reseña de esta obra en *Thémata*; ahora bien, cuando nos adentramos por sus páginas ésta resulta justificada. Con el título se apunta al *Génesis* cuando, al amanecer el sexto día, llegó el momento de crear al hombre. Según García Montero desde el comienzo hombre y poesía han corrido suertes paralelas. El «yo» ha sido pensado de distinta forma en las diferentes etapas de la Literatura y los poetas han contribuido así en la creación de la imagen del yo. Esta obra no pretende tener intención exhaustiva sino más bien trazar a grandes rasgos de qué forma los poetas han participado en la creación de esta realidad movediza. Se trata de ver a través del filtro de la poesía cómo se ha formado la idea de individuo. La interioridad se construye en convergencia con el mundo exterior en su relación con la sociedad, con la divinidad y con su propia conciencia. Tras el yo se abre el ámbito de la intimidad, de la libertad y la dignidad y, por supuesto, el de la ética. Estos son los intereses que guían a Montero y por ello pienso que es interesante que se reseñe esta obra en una revista de Filosofía.

En Berceo nos encontramos ante un estadio previo a la formación del yo como ser autónomo: el autor busca su disolución en la comunidad de la liturgia cristiana; en las *Colas que hizo a la muerte de su padre* se nos recuerda que todo lo terrenal no es más que una ensoñación; en Garcilaso de la Vega descubrimos una individualidad que ya no se forja mirando hacia Dios sino prestándole atención al juego social y al equilibrio entre las obligaciones públicas y los sentimientos privados: aparece la subjetividad sentimental; Quevedo nos muestra al amor como fuerza superadora de la miseria del hombre; la Oda III de Meléndez Valdés salta hacia una subjetividad ilustrada que afirma la legitimidad de las pasiones; con Espronceda entramos en las contradicciones de la Modernidad y en la escisión del yo; la *Rima I* de Bécquer nos introduce en la épica de la intimidad; con la voluntad reflexiva de A. Machado se apuesta por una visión ética y la palabra adquiere un valor social; y Cernuda nos introduce en «la soledad comparti-